

Carlos V. Muerto el príncipe Don Juan, y muerta la genitura de éste, quedó el derecho á la corona hispana en Carlos, y con tal derecho, el de allegar á corona tan excelsa los dominios borgoñones por su abuela María de Borgoña, y con los dominios borgoñones, los dominios austriacos por su abuelo Maximiliano. ¡Qué inmensa herencia! Los Países-Bajos, aunque sometidos á una monarquía eminente, resultaban, por su historia peculiar, tan libres y tan demócratas y tan soberanos como los cantones suizos. Había un patriciado ilustre y fuerte como siempre lo hubo en la Edad media, que constituyó una sociedad más ó menos fuerte, animada y nutrida en el espíritu feudal. Pero junto á este patriciado existía una clase media y un estado popular muy fuertes, muy ricos, muy valerosos y hasta indóciles en virtud y por obra de la independencia que trae á los ciudadanos libres un trabajo fecundo y un comercio activo. Las ciudades con sus casas de Ayuntamiento mucho más bellas y grandes que regios palacios, muestran como la vida municipal animaba toda Flandes, y esta vida municipal debía naturalmente condensarse de suyo en Parlamentos y extenderse hasta el extremo de hacer á los Países-Bajos una gran democracia presidida por un rey ó magistrado hereditario.

Hay ciertas obras, que parecen productos de la casualidad, y que luégo resultan, vistas y examinadas tras muchos siglos y generaciones, utilísimas al pró común de la civilización y de la cultura universal. Entre tales obras ninguna tan temeraria como la de Carlos, la cual ha pasado con este apellido á la posteridad por las empresas de su autor. Pero seguramente, cuando se han visto los cuatro siglos, trascurridos desde la grande locura de Carlos, y se han anotado las guerras en esos siglos acaecidas, cree uno que hubiera resultado un gran bien quizás oponer á las cóleras de Alemania contra Francia y á las cóleras de Francia contra Alemania un espacio capaz de impedir los choques terribles entre moles tan enormes. Pero no tuvo la fijeza necesaria de pensamiento y de propósito Carlos que piden las grandes obras y las grandes ambiciones. De haberlo tenido no enlazaría su familia ni con las reinantes en el centro de Francia, ni con las reinantes en el Este de Alemania, pues, con tal proceder deshacía por el amor y sus matrimonios lo mismo que hiciera por la guerra y sus conquistas. El Estado á medio hacer, que había constituido, perdiendo unas porciones, y ganando en sus desvarios otras, pasó á la casa de Austria, y desde que pasó á la casa de Austria

perdió los caracteres principales de su grande utilidad al bien común europeo, que ha debido consagrar el tiempo nuestro con la neutralidad indispensable de Bélgica y Suiza. El temperamento propio de los Países-Bajos, y la grandeza enorme de sus hereditarios señores, debían engendrar irreconciliables enemistades entre unos y otros. Mientras vivió Carlos V, á pesar de insurrecciones como la de Gante; á pesar de aquellos célebres profetas engendrados por la revolución religiosa y por la guerra labriega, que trajeron tan á mal traer á Leyden, se conservó la dominación de nuestros reyes en aquellos pueblos. El emperador había nacido en Gante, distinguía mucho á los flamencos aún con disgusto de los castellanos, llevaba en su alma principios de tolerancia como los formulados en el Interim de paz entre la Revolución religiosa y la Iglesia católica: no podía, por tanto, ni pesar sobre la vieja vida municipal ni pesar sobre los nuevos dogmas teológicos. El municipio y el Parlamento se conservaban como podían, y como podían se desarrollaban las nuevas ideas transfundidas al mundo en general por los vientos del espíritu y á Flandes en particular por su vecindad á Germania. Pero vino Felipe II tras Carlos V, un castellano viejo como nacido en Valladolid, un católico rancio educado por santos é intolerables arzobispos como Tavera, un déspota enemigo de toda libertad, el verdugo de Egmont, de Montigny, de Lanuza. Parte de los Países-Bajos le pedía á que respetara la libertad espiritual de sus creencias; otra parte la libertad política de sus instituciones. Felipe II atropelló por todo, y desconoció la libertad. El resultado tristísimo de tamaña política fué lógico: las provincias adscritas al protestantismo, las del Norte, quedaron independientes, constituyendo una República federal, que ha brillado con extraordinario brillo en el mundo, y las provincias del Mediodía quedaron bajo la dominación española en gran quietud y en una relativa libertad municipal. El año 1713, por la guerra de sucesión, tuvimos que cederlas al Austria, bajo cuyo dominio permanecieron hasta que las conquistó en 1792 la Revolución francesa, victoriosa de los reyes europeos y de su funesta liga contra la libertad. Así permanecieron, aunque Napoleon constituyera un reino de Holanda para su hermano Luís, con aquella grande arbitrariedad, propia de su siniestro pensamiento político, hasta que la reacción del año catorce y la Santa Alianza del año quince reunieron Holanda con Bélgica y las colocaron bajo una sola corona con ánimo de contrariar á Francia. Repitióse á tal solución el fenómeno

mismo de la décima sexta centuria. Quince años estuvieron reunidas aquellas regiones tan separadas por su fe religiosa. Bélgica se constituyó en reino, y buscó una dinastía entre los felices Coburgos de Alemania. Holanda conservó la misma dinastía que le habían dado las leyes internacionales del año quince. Aquel reino intermediario entre Alemania y Francia soñado por Carlos el Temerario, se ha desvanecido como todo sueño, y su espacio aún está sembrado de guerras y de revoluciones.

## V

Pero esta idea de interponer un Estado, que llegase desde las costas del Mediterráneo hasta las costas del Océano, entre las grandes regiones de nuestra Europa representadas por Francia y Alemania, esta idea, todavía perdura en nuestro siglo y todavía genera ciertas unidades políticas, manteniéndolas en diplomática neutralidad, asegurada por el unánime consentimiento de las potencias mayores y primeras. Como sucedió tantas veces en las viejas monarquías, donde los afectos de familia solían sobreponerse á las ideas de los jefes del Estado, y aún á los intereses de este último, sucedió en la obra de Carlos el Temerario: lo que había procurado el monarca, interponiendo una parte de Provenza, otra de Suiza, otra de Alsacia, otra de Lorena, otra de Flandes, y otra de Holanda entre las regiones centrales, sobre todo, entre Francia y Alemania, lo destruyó el padre, al casar su hija, María de Borgoña, con el emperador de Alemania y duque de Austria, Maximiliano I, abuelo de Carlos V. Gravísimo error cometió separando por su política y por sus guerras Francia y Alemania para concluir uniendo esta última con sus Estados en el vínculo hereditario de su monarquía. No damos un paso en los viejos tiempos de la historia humana, sin que surjan enseñanzas prácticas á demostrarnos los errores y los crímenes del viejo régimen absolutista. En aquellos tiempos los reyes vendían y traspasaban sus Estados á guisa de predio, y sus súbditos á guisa de rebaño, según su conveniencia personal ó la conveniencia de su familia. Como Carlos III pudo en España vender á los extraños una parte considerable de su América, sin saberlo y advertirlo el pueblo, Carlos el Temerario pudo disminuir el Estado, que había compuesto con altos fines más ó menos adivinados por su intuición, para engrandecer el patrimonio de su hija, y verla sentada en el trono altísimo de Alemania,

llamándose con ufanía Emperatriz, y reuniendo so el manto suyo tantos principúculos de la dividida Germania, sin contar en esta suma las regiones lejanas más adscritas al imperio en el Oriente de nuestra Europa. Sea lo que quiera de todo esto, resalta en su totalidad una trascendente y admirable enseñanza, la de que todavía hoy Europa necesita con suprema necesidad, para el cumplimiento de sus ulteriores destinos, para la obra de paz indispensable á sus comunes intereses, para la organización de su libertad, erigir fajas de territorios neutrales entre las grandes potencias que contrasten por algún modo sus enormes fuerzas y detengan ó amortigüen sus mutuos tremendos choques. Cuanto no ha crecido Rusia, tan amenazadora de suyo á todos los intereses occidentales, desde que Polonia cayó en sus garras por la triste desmembración, nunca bastante llorada, y cayó también Crimea por las increíbles conquistas. Estos territorios, levantados por un lado entre Turquía y Rusia, por otro lado entre Rusia y Alemania, podían parar entonces los choques terribles de cuatro grandes imperios, expuestos hoy á estrellarse unos contra otros por la triste falta de tan preciosos amortiguantes.

En el centro de nuestra Europa queda todavía, por fortuna, un resto de aquella obra concebida en el pensamiento elevado, y frustrada en la voluntad tornadiza de Carlos el Temerario. Esta obra se llama hoy la neutralidad belga y la neutralidad helvética. Y esta neutralidad belga con esta neutralidad helvética, no representan en el mundo europeo sino la necesidad, sentida por Europa entera, de amortiguar los choques temibles entre Francia y Alemania. Bajo la obsesión de tal temor hanse declarado neutrales el reino de Bélgica, la República de Helvecia, y una parte de la misma Saboya, por anexiones recientes reincorporada, en tratados solemnes y tras plebiscitos unánimes, á la nación francesa. Por tales motivos, los asuntos interiores del pueblo belga y del pueblo suizo elévanse á verdaderos asuntos internacionales. Todo político inglés pregunta con anhelo á sus prohombres y estadistas si la Gran Bretaña se lanzará ó no á la guerra por conservar la neutralidad belga, dado el peligro de que una gran potencia tome la desemboadura del Escalda y pueda cerrar en las edades por venir los centros europeo al trabajo y al comercio inglés. Los recelos crecen de tal suerte, que un eminentísimo estadista sajón, Sir Carlos Dilke, ha publicado profundo estudio en Revistas importantísimas, tanto francesas como británicas, sobre